

MARÍA CRUZ

Vitrina

A CARLOS LÓPEZ

Este quebrar de focos confecciona las sombras,
ella zurce los vidrios
y la piel que su ropa detiene.

(Afuera el nuberío inventa
un mar entre los postes, inventa astillas
de un barco que nunca navegó esta calle).

Ella frota las piedras
y la ceniza cae sin haber sido fuego,
sus párpados cargados de sal
miran la hendidura;
dedos que fueron buriles en la carne,
lágrimas llenas de lágrimas.

Ella prepara la cama como una tumba
de piedras calientes, sacude su transformada sangre,
ordena sus venas y su pelo
para viajar por la noche
de cometas deshechos, de tórtolas ahorcadas.

Una mañana

Mi sombra palpita mientras duermo.
De mañana los tumbos de la tuba caen en mi patio
como un oro de peso invisible;
las músicas lejanas se acercan y vibran los cristales;
los gallos decoran el silencio con su alhaja amarilla y recurrente.

A esta hora los trastos flotan en el agua
y chocan sus vidrios;
alguien acarrea cortezas de árbol, trozos de campana, niños dolientes.

Yo me traslado en un trapo solitario hacia las azoteas
y escucho a un gorrión de testa roja y a un auto tembloroso
que roza su metal en las banquetas.

El poeta

Sobre la silla de sus huesos
el poeta toca un tambor oscuro
y ensaya una música de agua;
su lápiz de carbón se deshace en el viento,
sus letras sirven para la fogata de esta noche.
El poeta une el polvo con la lluvia
y con el ruido de los armarios
y las rosas que se abren.
A veces la alquimia le resulta
y hace volar las hojas de sus versos
hasta el latido de un enfermo
que cose sus heridas.



VIOLETA MIRANDA MENDOZA